

á medida que el Cristianismo se acercaba. Sus facultades tenían la virtud casi divina de mirar al cielo, á manera de esa planta misteriosa, cuya flor parecida al disco del sol, constantemente lo busca cual busca un rostro hermoso su espejo. El espíritu sobrado estrecho de los ortodoxos ultramontanos se indigna hoy de estas consideraciones, olvidando en su ignorancia que han sido hasta vulgares en los tiempos mayores de la fe; olvidando que San Jerónimo ha llamado á Platon Padre de la Iglesia; que San Anselmo ha recogido en Plotino las palabras del Credo relativas al Verbo; que Santo Tomás ha estudiado en Aristóteles su filosofía; que el poeta católico por excelencia ha tenido por guía en su poema al poeta romano por excelencia; que Rafael ha puesto la Virgen cristiana en la forma de la estatua griega; y que Buonarroti ha levantado las Sibilas á la altura misma de los profetas en los oratorios del Papa. No hay que dudarle, el pensamiento teológico de Jerusalem, el pensamiento filosófico de Atenas, el pensamiento jurídico de Roma, el pensamiento religioso de Alejandría, desaguaron á una en el Cristianismo como los rios desaguan en el Océano.

Puede y debe decirse que la Sibila de la idea cristiana fué muy especialmente esta misteriosa ciudad de Alejandría. Fundóla el conquistador griego para que sirviese de capitalidad al mundo, y llegó á capital del espíritu. Ninguna entre las ciudades antiguas estuvo jamás tan á punto de contrastar y perder á Roma, cuando tomara la forma de la serpiente asiática en la imágen de su mágica reina, la hermosa y desgraciada Cleopatra. Término medio del Oriente y del Occidente; levantada entre sepulcros que le refieren los misterios de la eternidad y Observatorios que le refieren los misterios del cielo; depositaria del genio helénico que le confía sus sistemas y del genio asiático que le confía sus teogonías; un templo como Jerusalem, pero de dioses muertos; una escuela como Atenas, pero de sistemas eclécticos; parece el Josafat de las ideas, porque desde las primeras esfinges donde el creyente escribiera en jeroglíficos sus oraciones inciertas, hasta las últimas academias donde el pensador formulara sus pensamientos concretos; las grandes personificaciones del espíritu corren á sus plazas como á escribir su testamento; y con el mar de la civilizacion al pié y el desierto de la barbarie á la espalda; avecinando á Grecia é Italia, las tierras de la libertad, y asentada en Egipto, la tierra de las castas;

parte integrante del segundo término de ese gran silogismo que forman en la antigua historia Asia, África y Europa, puede decirse que Alejandría, por conquistadora y por sincrética, es la Roma de la ciencia, como Roma la Alejandría de la política y del derecho.

Nunca, en ningun tiempo, se mostró con tanta claridad, como en este tiempo del advenimiento de Cristo, las dobles fuerzas de descomposicion y de recomposicion que hay escondidas en el seno de las sociedades humanas. Por la primera, por la fuerza de descomposicion, el paganismo se moria; por la segunda, por la fuerza de recomposicion, nuevas creencias se formaban para satisfacer la necesidad de sentir y de esperar que tiene el humano espíritu. Asómbrase el ánimo y queda como suspenso, al ver qué larga vida tienen las instituciones todas, cuando religion, á primera vista tan frágil y ligera, sufre, para caer, todos los golpes que desde Thales á Séneca le han asestado los primeros pensadores de la historia, en tantos y tan fecundos siglos. Así es que, en el advenimiento de Cristo las almas todas de primera magnitud habíanse apartado de los altares paganos, y todos los dioses mayores y menores se morian al hielo de la duda, que se cuajaba hasta en las cimas del Olimpo. Sí, la muerte de la religion pagana fué obra de una descomposicion interior del paganismo. Mal avenida el alma humana con aquel reposo, que se encontraba en el seno de los dioses antiguos; con el destino trágico que destruía la libertad; con la compenetracion del fondo y de la forma que daba al arte una paz destinada á romperse en los choques tremendos con el dolor; iba, hastiada del sensualismo, en busca de una idea superior que apagase su sed de lo infinito. Y en este momento supremo llega, para realizar la conjuncion divina del espíritu antiguo con el espíritu moderno, el Salvador de los hombres, el prometido á las naciones, el Mesías de los judíos, el Dios único de los filósofos, el Verbo de los alejandrinos, Jesucristo.

Nunca se verificó trasformacion tan maravillosa como esta trasformacion del mundo en el momento de la aparicion del Cristianismo. Si la Jerusalem semítica habia realizado la síntesis teológica; si la Atenas griega habia realizado la síntesis filosófica; si la Alejandría egipcia habia realizado la síntesis religiosa; si la Roma política habia realizado la síntesis jurídica; la Roma conquistadora, la Roma guerrera, habia, á su vez, realizado la unidad posible



del mundo, la paz posible de la tierra. Quedaban fuera del imperio regiones, que con excepcion de la India, apenas influyeran sobre la humanidad; y en cambio, vivian á su sombra los eternos soldados que se llamaban iberos y celtíberos; los sacerdotales celtas que presentian la inmortalidad; los helenos, grandes hasta en su decadencia; la raza judía, que se levantaba del monton de cenizas, donde yaciera tanto tiempo de rodillas y se iba errante por la tierra, ora en virtud de sus peregrinaciones, ora en virtud de sus cautiverios; los persas, que combatian, pero que combatian cediendo y retirándose; al extremo Occidente España, la estrella de la tarde, civilizada y sometida, aunque no en sus tribus del Norte; entre los Alpes y los Pirineos, los galos, que abrasaran el Capitolio, ya vencidos; desde los montes julianos á los montes tracios las tribus, verdadera vanguardia de la barbarie; en el Pindo, ese Apenino de Grecia, la fuerte Macedonia, armada hasta los dientes, y á pesar de haber engendrado á Alejandro, sirviendo de centinela al Imperio; en la hermosa península del Peloponeso, Grecia esclava, tiñendo con sus inspiraciones el palacio de los dueños del mundo convertido en su propio calabozo; cerca de Grecia, Sicilia arruinada y desierta despues de tantos días, por los estragos de las guerras púnicas, renovadas en las guerras serviles; Creta, donde las larvas de las ideas orientales se convirtieran en esas mariposas llamadas los dioses helénicos; entre el Ponto-Euxino y el mar de Chipre, el Asia menor, cuyo Haliso separaba dos familias pertenecientes á dos grandes razas, al Oeste los pueblos de raza indo-europea, al Este los pueblos de raza siro-arábica, y entre ambos los frigios, esos divinos flautistas, que habian sido los discípulos de Apolo y los maestros de Safo, conquistados por un paseo militar y sometidos á un pro-cónsul y á unos cuantos lictores; entre el mar de Chipre y el Éufrates, en las grandes ramificaciones del Tauro y del Líbano, el imperio sirio, para quien la esclavitud era un refugio; en el interior del Asia, el pueblo escogido de Dios, rezando su oracion sublime y leyendo sus libros revelados al pié de su santuario, último refugio de su esperanza, y bajo el látigo romano, que le amenazaba con un cautiverio mas terrible aun que el cautiverio de Babilonia; á las puertas del África y del Asia el Egipto, con sus dioses muertos, y sus oráculos suspensos, y sus esfinges mudas, y el áspid venenoso en el corazon como la



PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA  
(Copia de un fresco de Aníbal del Sarto)



del mundo, la paz posible de la tierra. Quedaban fuera del imperio regiones, que con excepcion de la India, apenas influyeran sobre la humanidad; y en cambio, vivian á su sombra los eternos soldados que se llamaban iberos y celtíberos; los sacerdotales celtas que preservaban la inmortalidad; los helenos, grandes hasta en su decadencia; la gran Grecia, que se levantaba del monton de cenizas, donde existia todo romano de rodillas y se iba errante por la tierra, ora en virtud de sus peregrinaciones, ora en virtud de sus cautiverios; los griegos, que combatian, pero que combatian cediendo y retirándose; al occidente España, la estrella de la tarde, civilizada y sumida, aunque no era del todo del Norte; entre los Alpes y los Pirineos, los galos, que luchaban con los celtas, ya vencidos; desde los montes julfanos á las montañas de los Alpes, verdadera vanguardia de la barbarie; en la India, una Armada de Grecia, la fuerte Macedonia, armada hasta los dientes, y á pesar de haber sugerido á Alejandro, sirviendo de centinela al Imperio; en la hermosa costa de la Persia, Grecia esclava, tiñendo con sus inspiraciones el color de los desiertos del mundo convertido en su propio calabozo; cerca de Grecia, Sicilia arrasada y desierta despues de tantos dias, por los estragos de las guerras punicas, sembradas en las guerras serviles; Creta, donde las bestias de las islas cretenses se convirtieron en esas mariposas llamadas *phalaena cretica* entre el Ponto-Euxino y el mar de Chipre; el Asia menor, que habia sido dividida en dos familias pertenecientes á dos grandes razas, al Oeste, los pueblos de raza indio-europea, al Este los pueblos de raza siberiática, y entre ambos los frigios, esos divinos flautistas, que habian sido los discipulos de Apolo y los maestros de Safo, conquistados por un general militar y sometidos á un pro-cónsul y á unos cuantos lictores; entre el mar de Chipre y el Eufrates, en las grandes ramificaciones del Taurus y del Libano, el imperio sirio, para quien la esclavitud era un refugio, en el interior del Asia, el pueblo escogido de Dios, rezando su oracion sublime y leyendo sus libros revelados al pié de su santuario, último refugio de su esperanza, y bajo el látigo romano, que le amenazaba con un cautiverio mas terrible aun que el cautiverio de Babilonia; á las puertas del África y del Asia el Egipto, con sus dioses muertos, y sus oráculos suspensos, y sus esfinges mudas, y el áspid venenoso en el corazon como la



Imp. y lit. Labiolla, Barcelona.

PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA

(Copia de un fresco de Andrés del Sarto)



reina Cleopatra; dentro del espacio que cierran el Atlas, el desierto y el Mediterráneo, arenales inmensos, cementerios de pueblos, en los cuales erraba el kabila, envuelto en su manto del color de la tierra, y surgian, como islas, Cirene, embriagada de placer, y Cartago muerta sin gloria; por todas las fronteras pueblos, todavía no sometidos; al Norte britanos, germánicos y dacios, al Sur árabes y nómadas africanos, al Oriente escitas, parthos y armenios; de suerte que la tierra toda conocida, con raras excepciones, sometíase tranquila al cetro de Roma y á su espada, como si esta paz y este silencio y este recogimiento del Universo fuesen necesarios para escuchar la voz divina que bajaba del cielo como llamada por esta fija y absorta atencion de la humanidad.

La Historia tiene sus horas de providenciales creaciones; el espíritu humano sus momentos de revelacion súbita. Cuando todo está preparado para una obra sublime, aparece el artífice que ha de realizarla; y cuando aparece el artífice, la conciencia y el corazon siguen á una, como esclavizados, sus misteriosos llamamientos. El dolor de Jerusalem, léjos de caer en la desesperacion, avivaba la esperanza; y la esperanza avivada traia la fe en la venida misteriosa del Mesías. Reuníanse en sus grandes festividades los judíos y se comunicaban mutuamente estos consuelos supremos de su triste suerte. Íbanse á los desiertos y tornábanlos fecundos al grito de sus oraciones y al riego de sus lágrimas. Hacian penitencia; maceraban las carnes como disciplinaban los ánimos. De aquí, de tal estado, el ebionismo y el esenismo, la exaltacion del dolor y de la pobreza. Y de la exaltacion del dolor y de la pobreza el número de profetas que llenaban las encrucijadas y que se veian por todas partes, siendo sus almas como los capullos en que se encerraba el florecimiento universal de las ideas. El Bautista personifica esta crisis suprema y única de la humana conciencia. Mas eran Bautistas como él, en tan supremo trance, la Sibila de Eritrea que contaba con los dedos el cumplimiento de las Semanas de Daniel y que escribia á la última luz de la antigua fe sus misteriosos anuncios; el filósofo de Roma y de Atenas que veia con interiores intuiciones la necesidad de una revelacion para el alma; el judío alexandrino que adoraba el Verbo intermediario entre la divina y la humana inteligencia; el peregrino que iba á la Ciudad Santa en pos de las festividades religiosas; hasta el poeta de la Ciudad Eterna que recogia los ecos de